



El ataque contra las 'Torres Gemelas' y el Pentágono ha puesto de manifiesto la vulnerabilidad de la primera potencia mundial y, en general, de nuestra sociedad moderna. Lo sabíamos ya por otros sucesos de nuestro mundo, desde las 'vacas locas' hasta la mutación irreversible de un virus. En este inicio de siglo y milenio palpamos la limitación humana. La contingencia es una de las vivencias de nuestro tiempo. Y a ella se anuda la incertidumbre, la inseguridad y el miedo anónimo. Vivimos en la sociedad del riesgo (U. Beck).

En estos momentos, trágicamente espectacularizado por la globalización informativa, corremos el peligro de agarrarnos compulsivamente a nuestras seguridades o de alcanzarlas por la fuerza. De ahí que comunitarismos enfebrecidos en forma de nacionalismos y fundamentalismos hagan su aparición y ofrezcan el calor protector de las seguridades emocionales, grupales, ideológicas o, simplemente, del líder de turno. O el espectro de la violencia ofrezca poner justicia allí donde heridas y reivindicaciones se han enconado. Después de este ataque terrorista contra los símbolos del poder económico y militar de Estados Unidos, cabe sospechar que el estupor y la indignación se tornen respaldas que reafirmen los convencimientos emocionales de cada quien. Terminaremos volviendo a los estereotipos que demonizan al contrario: al 'Gran Satán' o al 'terrorismo islámico', y no faltará el analista que nos mostrará la razón del choque de civilizaciones (S. Huntington), es decir, de la inevitabilidad de la confrontación entre la civilización islámica y la cristiana.

Este terrorismo es un síntoma monstruoso de un cáncer en nuestro mun-

do. Nos indica, además, que el tumor localizado en Oriente Próximo nos afecta a todos. Nuestro mundo globalizado descubre que una conflagración 'regional' se extiende y termina salpicando a la primera potencia mundial, Europa y todo el mundo. Quizá comencemos a aprender la lección: no se puede cultivar o dejar crecer la sinrazón y la injusticia en una parte de nuestro mundo y después no querer ver esa misma irracionalidad convertida en desesperación y en pilotos suicidas. No se puede culpabilizar a unas creencias y pedir crítica racional a una fe, si por el otro lado se vive en el cinismo.

Cosechamos lo que cultivamos. La deshumanización de nuestro mundo en forma de globalización de intereses egoístas, de mercado de sensaciones, y de tráfico de todo lo legal e ilegal, con tal de que proporcione dinero, termina creando víctimas y desesperación que, como vemos, se puede convertir en locura bien entrenada y formada tecnológicamente para producir horror.

Frente al enloquecimiento terrorista, nuestro mundo toma conciencia de su vulnerabilidad. Quizá sea más difícil y lento que caigamos en la cuenta del modo de superarlo. No parece que sólo sea cuestión de fuerza, ni de medidas de seguridad más sofis-

JOSÉ MARÍA MARDONES

Humanizar la vulnerabilidad

ticadas. Hay que orientarse hacia una humanización de nuestro mundo.

Los problemas de nuestras sociedades de la incertidumbre y el riesgo no tendrán solución sin una elevación moral general. La seguridad vendrá por el camino de la generalización de actitudes éticas. Sin más cooperación y más solidaridad de los países ricos con los pobres; sin más recursos disponibles para solucionar sus problemas de miseria, hambre, desempleo, analfabetismo, enfermedad, no hay salida; sin mayor implicación en la solución pacífica, racional y humana de los conflictos regionales por parte de las potencias, no hay garantías de superar el salvajismo en todas sus manifestaciones. Al final, las cuestiones éticas y humanitarias no son sólo cuestiones piadosas, sino profundamente humanas y por ello eficaces.

Nada será igual desde este suceso, se dice. Y cada uno aventura, según su visión y expectativas, sus temores y sus deseos, el mañana incierto que se nos avecina. Pero el deseado o barruntado 'nuevo orden mundial' que debiera salir de un golpe de estas características tiene que ayudar a humanizar la vulnerabilidad descubierta. Si es cierto que descubrimos la fragilidad innata al mundo que construimos, la única manera de protegernos contra el peligro anónimo del riesgo y la incertidumbre que nos circunda es elevar las cotas de humanidad. El proceso de hominización tiene que dar un salto adelante no sólo por el lado tecno-económico, sino por el humanista. De lo contrario, iremos hacia el planeta de los simios.

JOSÉ MARÍA MARDONES

INVESTIGADOR DE CSIC, MADRID.